

Lozada, M. (2009). La ilusión del cambio: aproximación psicopolítica a la actualidad venezolana. *UCAB: Revista de Psicología Clínica y Comunitaria*, 9, 11-30.

**LA ILUSIÓN DEL CAMBIO:
APROXIMACIÓN PSICOPOLÍTICA A LA ACTUALIDAD VENEZOLANA***

**MIREYA LOZADA
INSTITUTO DE PSICOLOGÍA
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA**

RESUMEN

En la última década en América Latina, y particularmente en Venezuela, se han agudizado conflictos socio-económicos y político-institucionales cuyas causas estructurales son de vieja data.

En este conflictivo contexto, donde la polarización parece erigirse y extenderse como mecanismo de poder y control social, diversos sectores políticos y sociales de la población venezolana han expresado y confrontado sus diferencias, en muchos casos de manera violenta, en una multiplicidad de espacios públicos, privados, reales, virtuales, corporales y territoriales.

Pero, ¿cuándo y cómo se construyó esta fractura del tejido social en Venezuela, que ha dificultado las posibilidades de dialogar y lograr acuerdos en torno a asuntos de interés común? ¿porqué la sociedad venezolana enfrenta este agudo proceso de polarización social?

Desde una perspectiva psicopolítica, el artículo no intenta responder estas interrogantes, sino problematizarlas a través de una relectura a la crisis del sistema democrático venezolano analizada por distintos autores desde fines de la década de los ochenta, y desde una mirada comprensiva a las distintas “ilusiones” colectivas que han contribuido u obstaculizado a la construcción de dicho sistema.

Venezuela: vaivenes, crisis y transiciones

Es compleja la tarea de ofrecer una reflexión acerca de las relaciones entre las distintas esferas de lo político y las representaciones e imaginarios sociales en el actual contexto socio-político venezolano, sin correr el riesgo que la polarización que lo caracteriza enajene y enturbie la mirada. Sin embargo, es tarea ineludible del investigador ofrecer aproximaciones heurísticas comprometidas con su realidad, especialmente en momentos poco favorables a la construcción social y política de espacios de diálogo que contribuyan al manejo constructivo,

pacífico y democrático de las diferencias.

Desde miradas implicadas y sentidas y desde campos de investigación que trascienden lo disciplinario, algunos autores han asumido esta responsabilidad durante los últimos años, en foros públicos, artículos y textos, intentando avanzar en la búsqueda de pistas comprensivas del contexto actual, sus actores, escenarios y discursos, analizando paralelamente fenómenos de exclusión social, política, económica y cultural de larga data.

En este ejercicio desarrollado desde distintas perspectivas de abordaje y campos disciplinares, una serie de interrogantes ha sido recurrente: ¿Cómo llegamos hasta aquí? ¿Por qué la sociedad venezolana contemporánea, de alabada convivialidad, solidaridad y pacifismo enfrenta este agudo proceso de polarización que divide a distintos sectores sociales? ¿Cuándo y cómo se construyó esta fractura del tejido social en Venezuela?

Dentro o más allá del dilema maniqueo: chavismo-antichavismo, las respuestas otorgadas son múltiples: unas atribuyen la responsabilidad al violento verbo presidencial del presidente Hugo Chávez y al carácter autoritario de su proyecto político; otras subrayan el impacto de distintas acciones insurreccionales de sectores de oposición en el marco del conflicto o la ausencia de una propuesta política y un liderazgo alternativo al gubernamental; mientras que algunas reconocen paralelamente a estos factores, rastros de la herencia de violencia política presente a lo largo de nuestra memoria histórica o analizan las causas socio-estructurales del conflicto y los límites del sistema democrático venezolano, destacando el rol que la riqueza derivada del petróleo jugó en su desarrollo y sus crisis.

Sin embargo, en los intentos comprensivos de los cambios, rupturas y confrontaciones actuales, pocos análisis refieren los procesos psicosociales implicados y las distintas expresiones que en el campo de lo simbólico-social venían reflejando, desde hace al menos veinte años, la crisis de nuestro sistema político y los signos de su agotamiento en distintos sectores nacionales.

Tal como señala Hernández (2004), una multiplicidad de investigaciones desarrolladas en temas como “valores”, “cultura política”, “representaciones” e “imaginarios sociales” de un extenso corpus (1984-2004) analizadas por el proyecto: “Valores y cultura política del venezolano” adelantado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), presentan desde una pluralidad de perspectivas conceptuales y metodológicas, “las transformaciones ocurridas durante este período, pero también las recurrencias y constantes, de las creencias profundas arraigadas en la psique colectiva del venezolano” (Hernández, 2004: 11).

En ese itinerario que según el autor se podría describir como: “Venezuela 1984-2004: de la

auto imagen nacional negativa y el consenso democrático al forcejeo por las nuevas identidades”, es posible reconocer que la investigación académica y los estudios ensayísticos “han ido dando cuenta tanto de las características y condiciones estructurales de las mentalidades y condicionantes psisociales de nuestra población, como del tránsito de la situación de favorable consenso ante el sistema político a la actual situación de fragmentación social, desconfianza en las instituciones y puesta en duda de la coexistencia democrática. Con sus aportes, referentes y diagnósticos ya es posible construir una suerte de mapa o de cartografía, de los modos de representarse y vivir la democracia y sus variaciones críticas a lo largo del período” (Hernández, 2004: 11).

Tanto en las investigaciones referidas por Hernández (2004) y Guzmán (2004), como en otras desarrolladas a lo largo de la década de los noventa por especialistas de las ciencias sociales, destaca el malestar de la población venezolana con el sistema político y el desencanto hacia la democracia, a la par de crecientes demandas de participación y transformación social.

A objeto de construir un hilo argumentativo que ofrezca pistas comprensivas de los factores psicosociales presentes en la vivencia cotidiana de la política por parte de los ciudadanos en las últimas décadas en Venezuela, centraré mis reflexiones en torno a dos de los aspectos que a mi juicio destacan en dichos estudios: el cuestionamiento a la democracia y la ilusión del cambio.

“La democracia sospechosa”

La *fragilidad* de la democracia venezolana, al igual que otros sistemas democráticos latinoamericanos no es un asunto novedoso. Desde hace más de dos décadas se discuten desde diversas perspectivas, las dificultades confrontadas por los procesos de democratización en el continente, así como la influencia que los programas de ajuste de orientación neoliberal y las transformaciones socio-políticas locales y regionales han ejercido sobre dichos procesos.

La democracia venezolana no ha escapado a este diagnóstico recurrente de crisis desde la instauración del régimen democrático en 1958. Dicha crisis se agudiza a finales de la década de los ochenta y debut de los noventa, durante la insurrección popular ocurrida en febrero de 1989, conocida como el Caracazo y los dos intentos frustrados de golpes de Estado en febrero y noviembre del año 1992.

Para entonces, desde las ciencias políticas y otras disciplinas, los investigadores referían crisis de legitimidad y gobernabilidad (Gómez, 1992); evaluaban el impacto del caudillismo y el discurso populista (Brito García, 1988); analizaban la crisis sistémica del sistema político

venezolano, la creciente abstención electoral, las transformaciones de la cultura política tradicional, la erosión del apoyo popular a la democracia (Welsch, F, 1992, 1993, 1996); la emergencia de formas no convencionales de participación (Carrasquero y Guardia, 1998); la urgencia de reformas económicas, políticas y sociales para afrontar el problema de eficiencia y legitimidad (Neira Fernández, 1998); los límites del sistema de partidos (Ramos Jiménez, 1998).

Por su parte, los psicólogos sociales reconocían que a la crisis de las instancias institucionales y su sistema representativo no escapaban los ciudadanos, quienes demandaban mayores niveles de participación, permanecían refugiados al margen, en la periferia o en movimientos particulares, acusando también el fin del entusiasmo, el repliegue de la acción política en la vida local.

Así, mientras Lozada (1993, 1998) hablaba de “incertidumbre ideológica”, pérdida de referentes doctrinales, descrédito de las instituciones y su capacidad de representación en un contexto caracterizado por el desprestigio de lo político y fin del compromiso; Rodríguez, (1994) acusaba una "democracia de participación limitada", desde el análisis del discurso sostenido por los sectores de poder en Venezuela durante treinta años¹ de bipartidismo, populismo y partidocracia. Discurso que reflejaba la distancia de la democracia de las prácticas cotidianas, limitándola a las relaciones entre el Estado y los partidos políticos, que reducía la vivencia de la democracia al ejercicio periódico del voto, desplazando la soberanía a los partidos, mientras presentaba a su poseedor nominal, el pueblo, como un sujeto instrumentalizado, que existía en función de su participación en las elecciones.

El cuestionamiento a este modelo de democracia y la exigencia de mayores niveles de representación y participación de parte del ciudadano común, era destacado igualmente por Montero (1996) a dos años de los intentos de golpe de Estado del 92, relevando las potencialidades de una democracia "emergente" y de “modos alternativos de acción política” (Montero, 1995) que parecía posible construirse franqueando los límites de un espacio público que excluía al ciudadano. Según Sucre (1994) esta “democracia emergente” que buscaba incrementar los escasos niveles de participación social presentes en la “democracia populista”, expresó prontamente sus límites en el segundo gobierno de Caldera, quien intentó sustituir a los partidos a través de la figura presidencial.

¹ Para la autora, este discurso fue fiel a la propuesta del Pacto de Punto Fijo, (1958): documento fundamental para el establecimiento de lo que se desarrollaría luego como democracia venezolana. El pacto, firmado por tres partidos que excluía al partido comunista, se comprometía a una política de largo alcance que garantizara la libertad del sufragio, la prolongación de la tregua política, la despersonalización del debate y la erradicación de la violencia inter partidos. "Este pacto marca el nacimiento de una democracia restringida que destierra el pluralismo y limita el debate al ámbito de lo político a los asuntos electorales" (Rodríguez, 1994, p.266).

En el mismo tono interrelativo al régimen de convivencia democrática, al espacio político y a los límites a la participación social planteado por López (1996), Rodríguez (1996) subrayaba los obstáculos objetivos y subjetivos al desarrollo de la democracia en Venezuela y sus riesgos autoritarios, expresados incluso en iniciativas ciudadanas.

A su vez, desde una mirada que describía el retiro de la esfera pública de parte de los ciudadanos, Wolf (1996), alertaba sobre los peligros que enfrentaba la democracia venezolana, afirmando: “sin horizonte social, sin un patrimonio cultural y político compartido, la democracia se disuelve en las privacidades más inmediatas” (Wolf, 1996, pp. 22-23). Desde el reconocimiento a esta tendencia a “replegarse en sí, a la entronización del individuo como unidad de realización del ser, a la retirada de la participación”, Silva (1996, p.77) analizaba el problema de la corrupción en la vida cotidiana en Venezuela.

En este contexto de crisis generalizada de lo político, de repliegue participativo, incluso del movimiento estudiantil tradicionalmente combativo (Ramdjan (1996) y en un espacio social fragmentado adicionalmente por el efecto de políticas neoliberales afectando el vínculo social basado en la solidaridad, en la identificación colectiva con los otros (Lozada, 1996), una investigación sobre representaciones sociales de la democracia en Venezuela (Lozada, 1997), acusaba entonces una "*democracia sospechosa*", que no había sido o había sido siempre otra cosa. En torno a esta definición-carencia las personas entrevistadas distinguían tres dimensiones: una teórico-ideal, una práctico-real y una prospectiva-ideal identificándose en cada una, sujetos, espacios y formas de expresión democrática, que se reconocían asociadas o a espaldas del Estado.

Si la definición tradicional de democracia establece una relación estrecha entre el sujeto de la democracia, los espacios de la participación y las formas de ejercicio democrático, la vivencia diaria del ciudadano reflejaba lo contrario: la marginalización de los actores de la democracia y los límites impuestos a sus espacios de expresión. Así, las personas comprometidas o no con grupos de acción social que participaron en el estudio, lamentaban la ausencia de la categoría *todos*, que supone el plano de igualdad, de protagonismo colectivo del hecho democrático y remarcaban la dicotomía: *nosotros-ellos*, que contraponía a los *gobernantes y sus aliados (ellos)* que usufructuaban la democracia al *nosotros: la gente, el pueblo* que se ubicaba al margen de ella (Lozada, 1999a, p.16).

El desencanto y desconfianza hacia nuestro sistema democrático que revelan las investigaciones citadas, así como la variedad de significaciones presentes en las representaciones sociales de la democracia y el cuestionamiento a la visión consensual de la misma (Lozada, 1999), mostraban la complejidad, variabilidad, contradicciones y

ambivalencias presentes en el discurso cotidiano de la democracia, así como los lugares centrales o marginales de individuos y grupos en sus instancias de acción, participación y poder político, con grados diversos de fragmentación social.

Sin embargo, aún cuando la democracia para amplios sectores de la población, se revelaba entonces como “sospechosa”, paralelamente se continuaba expresando como una “formamentis”, “irresistible”, opción sin alternativa aparente, fundada ya no sobre una voluntad de razón, sino sobre una voluntad de creer (Moscovici, 1993).

Así, se reconoce también en el discurso de la población a finales de la década del 80 y a lo largo de los años 90, la ilusión del cambio que apuesta a la transformación y profundización del sistema democrático. Veamos como se configura históricamente esta ilusión², que de forma paradójica permite avanzar y obstaculizar las transformaciones sociopolíticas en Venezuela

Venezuela: Psicopolítica de una ilusión

Según Contreras (2004), las convenciones socio-políticas acordadas en 1958 por el *Pacto de Punto Fijo* que fueron naturalizadas durante más de cuarenta años, se desgastaron junto al sistema político, generándose nuevas formas de resistencia social y política. La “densidad simbólica de la democracia venezolana”, afirma el autor, al igual que la ilusión de desarrollo, como imaginario de integración económica, social y cultural, que se implantó en Venezuela y en otros países del eufemístico “Tercer Mundo”, no logró encarnar en un proyecto político, ni en una comunidad que cristalizara las necesidades de pertenencia, arraigo e integración social de la ciudadanía venezolana.

La fractura del tejido social que acompañó el proceso de modernización, las vicisitudes de la historia política reciente en Venezuela, el resquebrajamiento del modelo político democrático de las últimas décadas y el impacto de la aplicación de políticas neo-liberales inscritas en las “recetas” del capitalismo global, sostenidas por la utopía de bienestar, desarrollo y modernidad dan cuenta del derrumbe de las “representaciones hegemónicas” (Moscovici, 1988).

En la conformación de esta ilusión de desarrollo, cambio y progreso en Venezuela, Coronil (2002) le atribuye un rol fundamental a la riqueza derivada de la renta petrolera. Para el autor, el análisis de los logros y carencias de nuestro sistema democrático realizado desde

² No se discute acá el carácter peyorativo (engaño, alucinación) de la noción de ilusión en otras lenguas, ni su sentido positivo en castellano (c.f: Julian Mariñas (1984) *Breve tratado de la ilusión*. Alianza Editorial, Madrid). Tampoco se aborda la pluralidad de significados que asume la noción de ilusión en psicología, ni su diferencia o similitud con la *esperanza*, donde el *Porvenir de una ilusión*, escrito por Freud en 1927 constituye uno de los textos pioneros.

concepciones centradas en la política de los actores o en interpretaciones más estructurales, no puede eludir el reconocimiento del impacto que la huella de esta renta ejerció en el desarrollo de la democracia venezolana. Para Coronil, el Estado venezolano jugó un rol trascendente y unificador de la nación: “sostengo que la deificación del Estado tuvo lugar como parte de la transformación de Venezuela en nación petrolera que, en tanto tal, se percibía como una nación con dos cuerpos: un cuerpo político compuesto por sus ciudadanos y un cuerpo natural cuya materia es su rico subsuelo. Al condesar en sí los múltiples poderes dispersos en los dos cuerpos, el Estado apareció como un agente único dotado del poder mágico de rehacer la nación” (Coronil, 2002, 4). Este “Estado mágico”, actúa como “brujo magnánimo” engendrando fantasías colectivas de progreso y desarrollo sobre los actores.

Según el punto de vista predominante en los analistas, afirma Coronil (2002, p. 247), la democracia local es un subproducto de un estilo político particular caracterizado por eludir el conflicto y buscar el consenso en torno de cuestiones de procedimiento y no de temas sustanciales. Una de estas aproximaciones, refiere al establecimiento de la democracia en 1958 como el resultado de factores estructurales “maduración de las condiciones”, como consecuencia de la industrialización, y de la voluntad humana o “capacidad de los estadistas”, la orquestación de un compromiso mediante el cual la burguesía en una clásica transacción del “derecho” a gobernar por el derecho a hacer dinero”, apoyó el establecimiento de un sistema democrático de partidos (Karl³ 1982, 10-20, citado por Coronil, 2002). Según el autor, esta explicación conjuga dos ilusiones: la primera, “la quimera de la ideología de la modernización como teoría de la historia, -más desarrollo económico equivaldría a mayor probabilidad de democracia política (O’Donnell, 1973, citado por Coronil, 2002, p. 248-249), y la segunda, la de la “transacción clásica”, analogía usada para explicar el papel de la habilidad del estadista en la concertación de alianzas y pactos que desembocaron en la democracia venezolana”. En la etapa de conformación del petroestado, el derecho a gobernar y a hacer dinero se trenzaron íntimamente. El compromiso orquestado abarcó a clases y grupos sociales, cuyas relaciones recíprocas estaban condicionadas por su dependencia fundamental del Estado, y era, por tanto, un tipo diferente de compromiso bonapartista el Estado vive a expensas de la sociedad, mientras que en un “compromiso rentista”, la sociedad vive a expensas del Estado”(Coronil, 2002, p 252).

En su análisis de cómo la “magia del oro negro” produjo la transfiguración de los agentes sociales implicados en el desarrollo de la democracia venezolana, Coronil (2002,431) insiste

³ En el análisis de la democracia venezolana, Karl 1982, (citado por Coronil, 2002, p.249), utiliza la fórmula “transacción clásica” para explicar el efecto político y social de la industria del petróleo en Venezuela, atribuyéndole un significado especial al dinero proveniente del petróleo en la creación de un sistema de alianzas y compromisos.

en que el Estado venezolano, en sus representaciones que lo han constituido como Estado mágico, “se ha presentado como el hacedor de milagros que podía convertir el dominio de la naturaleza en fuente de progreso histórico. Pero debido en buena medida al hecho de que mucho de su poder se deriva de los poderes del dinero proveniente del petróleo, en vez de ser producto de su dominación de la naturaleza, el Estado se ha visto limitado a producir actos de magia en vez de milagros”.

Es éste carácter mágico del Estado venezolano, el que ha alimentado la “ilusión de armonía” referida por Naim y Piñango (1995, x) cuando afirman: “la sociedad venezolana ha vivido bajo el encanto de una ilusión de armonía que ha marcado las decisiones y las acciones tanto en el terreno público como en el privado. Esa ilusión llega a su fin porque ya no hay recursos para mantenerla y porque los dilemas y las decisiones que hay que enfrentar nos obligan a ser más realistas que nunca”.

Pero, ¿De dónde sale tanta armonía?, ¿Cuáles han sido los acuerdos básicos entre los diferentes grupos sociales, que han hecho del conflicto abierto un eslabón perdido en la evolución de Venezuela desde 1958? se preguntaban Naim y Piñango, y respondían: “la sorprendente ausencia de niveles significativos del conflicto- situación típica de Venezuela desde 1958- está muy relacionada con el hecho de que el vacío de prioridades específicas y más permanentes ha sido llenado con la posibilidad de que cada grupo social plantee y siga las orientaciones que más convienen a sus intereses. Por largos años se ha vivido una situación en la que el clima predominante ha sido *hay pa'todo* porque *hay p'todos*” y los conflictos no han adquirido mayor intensidad por las posibilidades que ha tenido el Estado de utilizar los recursos petroleros para disminuir las tensiones sociales” (Naim y Piñango, 1995, p.555-446).

Para estos analistas, dos factores adicionales contribuyen a reforzar esta tendencia, el “voluntarismo” y el “efecto tunel, que se combinaron con los inmensos recursos petroleros, con la larga y arraigada tradición de dádivas paternalistas, y el crecimiento económico de algunos grupos socialmente privilegiados. Así, “al plantear soluciones en la forma de políticas, planes, programas o proposiciones, en Venezuela tendemos a ser voluntaristas. Tanto para los grandes problemas del país como para los pequeños, las soluciones que se plantean, si bien contrastan en su formulación y en su lenguaje, casi siempre están influidas por esa creencia mágica en el poder transformador de la buena intención y del esfuerzo del hombre” (Naim y Piñango, 1995, p.551). Por otra parte, se creó con gran efectividad, y facilidad, el “efecto túnel” –esa ilusión de que “si otros avanzan, a mi también me llegará la hora de avanzar” (p.555). “Con esto se generó en diversos grupos distribuidos a lo largo y

ancho del país el progreso material suficiente para que sirvieran de “vitrina” o “muestra” de lo que podían alcanzar los que no tienen, moderando así la frustración e impaciencia de éstos” (p. 556).

La profunda y sostenida crisis económica y política que se inicia a finales de la década de los ‘70, aunada a la ineficiencia, corrupción, clientelismo, en una sociedad que se hace más pobre, marca para Lander (2004, p.3), un quiebre profundo en la ilusión de una sociedad democrática. A su juicio, la crisis económica y política, provoca el estallido del consenso socialdemócrata. Así, “para los sectores populares no sólo se deterioran sus condiciones de vida, sino que política y culturalmente pasan a ser cada vez más excluidos. La idea de que con el esfuerzo, el trabajo, el estudio era posible un futuro mejor para si mismos y para sus hijos, se van desvaneciendo como ilusorias”.

A este debilitamiento del imaginario socialdemócrata compartido, cuya primera fractura se produce con el estallido social del Caracazo, se suma según Lander, un “*quiebre político-ideológico-cultural*” que cambia radicalmente la percepción que se tiene de los sectores populares. “De un sentido común relativamente inclusivo, informal, antiracista y democrático, se pasa al *temor ante la movilización de las clases peligrosas*, ahora catalogadas como hordas. La cultura relativamente democrática e inclusiva de las décadas anteriores pasa a ser sustituida por una cultura política excluyente y racista” (Lander, 2004, p.2).

Este quiebre entre los imaginarios y las percepciones compartidas y recíprocas de dos sectores de la sociedad venezolana, permitió según el autor, cristalizar dos imaginarios excluyentes, dos lecturas paralelas de la realidad histórica-social, donde no sólo hay desacuerdo sobre la interpretación de los hechos, sino sobre los hechos mismos, y cuya expresión se ha agudizado en los últimos años de conflictividad socio-política en Venezuela. “Ante la crisis del modelo de democracia anterior se van confrontando, en términos gruesos, dos modelos de sociedad: el modelo liberal y un modelo alternativo de perfiles poco precisos en proceso de definición tanto práctico como conceptual”. (Lander, 2004, p.2).

Se trataría según Hernández (2005, p.139) del “quiebre de identidades políticas tradicionales o crisis de las representaciones compartidas”. Esta confrontación de identidades, representaciones y modelos políticos en el país, supone para algunos sectores que el futuro y la viabilidad de la democracia depende del resultado del choque de fuerzas entre la exigencia de inclusión de los derechos ciudadanos y las tendencias excluyentes, vinculadas a las estrategias político-económicas del neoliberalismo; mientras que para otros la democracia está en peligro y se cierne sobre el país la amenaza autoritaria.

¿El fin de la ilusión?

“*El fin de la ilusión*”, “*el quiebre de la vitrina*”, “*el correr de la cortina*” son algunas de las expresiones utilizadas por distintos sectores para referir el declive de los consensos básicos existentes bajo el modelo de democracia representativa y caracterizar el momento socio-político actual en Venezuela. Sin embargo, nuevas ilusiones continúan alimentando la psicología colectiva del venezolano.

En diciembre de 1998, amplios sectores del país cifraron sus esperanzas en Hugo Chávez. La ilusión de cambio (Lozada, 1999a, 2001), estaba centrada en la superación de la crisis socio-económica y política que atravesaba el país, y el reconocimiento de nuevos actores, escenarios y discursos, lo cual acusaba el desgaste del bipartidismo, clientelismo y populismo de los últimos 40 años de democracia en Venezuela.

Hoy, luego de 10 años en la Presidencia de la República y de una intensa politización de la sociedad venezolana, la figura central sigue siendo Chávez y se mantiene la ilusión del cambio. Cambio que para un sector de la población sólo es posible si Chávez deja la presidencia y para otro sector si continúa en ella.

Si en el pasado reciente, la ilusión democrática sirvió para eludir la responsabilidad ciudadana, social y política frente a los alarmantes niveles de marginalidad, pobreza, violencia y corrupción de nuestro país, y permitió desviar la mirada al deterioro del sistema socio-político, al descrédito de partidos e instituciones y la personalización creciente del poder; en la actualidad, la ilusión revolucionaria y/o socialista, la ilusión añorante del pasado de privilegios y poder, o la ilusión de un futuro sin chavismo o de un futuro sin oposición, también resultan estrategias útiles para desconocer al Otro opuesto políticamente y para evadir el análisis crítico de nuestra realidad y de las acciones a emprender para afrontar los vicios de la *democracia representativa* (corrupción, centralismo y manejo arbitrario del poder, deterioro de las instituciones, impunidad, inseguridad, violencia, etc.) presentes en la construcción de un modelo alternativo de *democracia participativa* que plantea la propuesta gubernamental actual.

En este contexto, caracterizado por una aguda conflictividad política y polarización social (Lozada, M, 2008), más que el debate propositivo y constructivo entre actores políticos, se han multiplicado los estereotipos, las descalificaciones, la discriminación y la exclusión del Otro (persona o grupo con postura política distinta) a través de referencias a la condición de clase, etnia, raza u otras características grupales o partidistas. Esta percepción estereotipada de grupos opuestos ha dificultado la posibilidad de manejar constructiva y pacíficamente los conflictos, dificultado las posibilidades de dialogar y o lograr los consensos indispensables en

la construcción colectiva de solución a problemáticas de interés común, constituyendo obstáculos subjetivos a la profundización de la democracia.

En fin, la polarización social, que parece erigirse y extenderse como mecanismo de poder y control socio-político a nivel mundial, también ha producido un importante impacto en nuestro país. Entre sus principales consecuencias destacan; a) la fractura del tejido social y el deterioro de espacios, relaciones y dinámicas familiares, laborales, comunitarias, institucionales que afectan la convivencia social b) la territorialización del conflicto con sus consecuentes daños patrimoniales y urbanos; c) el *sufrimiento ético-político* (Sawaia, 1988) de gran parte de la población; d) la naturalización y legitimación de la violencia socio-política; e) la hiperrepresentación mediática del conflicto que privilegia su gestión y solución a los actores políticos en pugna, excluyendo al resto de los sectores sociales; f) la invisibilización de la histórica y compleja causalidad estructural de los conflictos socio-políticos (exclusión, pobreza, desempleo, corrupción, agotamiento del modelo político tradicional, etc) y .g) el empobrecimiento del debate público (Lozada, 2008).

Así, reconociendo la fragmentación socio-política en Venezuela, ratificado en los recientes resultados electorales de febrero 2009, las interrogantes se multiplican: ¿Cómo construir un imaginario democrático inclusivo que reivindique el respeto por la diversidad, la justicia, la dignidad, los derechos humanos y el reconocimiento del otro, en una sociedad polarizada la Venezuela de hoy? ¿Cuáles consensos y cuáles disensos reivindicar?, ¿Qué referencias simbólicas pueden guiar la idea de consenso, que apele al dialogo y a la búsqueda de soluciones a los problemas nacionales, en cuenta de la profunda crisis institucional, de propuestas y liderazgo alternativo que confronta al país?, ¿Qué sentidos y significados compartidos se construyen en torno a la convivencia democrática?

...Pero, nuevamente ¿no es ésta una ilusión? ¿Es posible esta nueva ilusión resituada en tiempos de conflictividad socio-política?

Pues si, es esta la promesa de la política, como decía Hannah Arendt (2008), el empeño nunca acabado por parte de la pluralidad de seres humanos por vivir juntos y compartir la tierra bajo una libertad mutuamente garantizada.

Y allí apostamos a la subjetividad que configura nuestro sentido de ser y estar en el mundo, privilegiando la perspectiva socio-histórica o histórica-cultural de la psicología y otras ciencias sociales reivindicada por González Rey: “la subjetividad individual se constituye en un individuo que actúa como sujeto gracias a su condición subjetiva. El sujeto es histórico, en tanto su condición subjetiva actual representa la síntesis subjetivada de su historia personal; y es social porque su vida se desarrolla dentro de la sociedad, y dentro de ella produce nuevos

sentidos y significaciones que, al constituirse subjetivamente, se convierten en constituyentes de nuevos momentos de su desarrollo subjetivo. A su vez, sus acciones dentro de la vida social constituyen uno de los elementos esenciales de las transformaciones de la subjetividad social” González Rey (2.000:25).

Estas acciones humanas, significados y sentidos de la subjetividad social que se van configurando y expresando son para Urreiztieta (2002) un momento-síntesis de las tramas contextuales de las que forman parte, de sus conflictos y tensiones, de su alcance e influencia; de las relaciones de fuerza que se despliegan y se configuran en la dinámica de la complejidad contextual.

Como consecuencia, “la acción del individuo dentro de un contexto social no deja una marca inmediata en ese contexto, sino que es correspondida por innumerables reacciones de los otros integrantes del espacio social a través de las cuáles se preservan los procesos de subjetivación característicos de cada espacio social, en cuyo interior se generan zonas de tensión que pueden actuar tanto como puntos de crecimiento social e individual o bien de represión y constreñimiento del desarrollo” González Rey (2002:179).

Esta dinámica dialéctica y compleja de la subjetividad social nos conduce a considerar la reflexividad con la cual está comprometida la producción de sentidos subjetivos en todas las esferas de la vida, la cual favorece procesos de innovación, transformación y cambio social. “La reflexividad conduce al sujeto a reasumir posiciones y a definir constante y críticamente nuevas posiciones dentro de los contextos sociales en los que se desarrolla. A través de su subjetividad y del ejercicio de nuevas prácticas sociales se enfrenta con sus posiciones anteriores, pudiendo expresar con fuerza en momentos de ruptura con lo social que pueden conformar nuevos focos de subjetivación”. (Urreiztieta M, 2009, 18). La complejidad, incertidumbre y movilidad permanente de dichos contextos en el campo de lo político, exigen igualmente de enfoques innovadores que garanticen la sustentabilidad de una “governabilidad reflexiva” (Voos, 2004).

Desde esta perspectiva, y asumiendo el desafío ético de la alteridad que supone hacerse cargo de la realidad y responsabilizarse con el otro en la construcción de un mundo común, se trata de asumir el compromiso disciplinar defendido por Ignacio Martí-Baro (1986) desde la psicología de la liberación, para continuar acercándose comprensiva y cotidianamente a los vaivenes de los cambios socio-políticos en Venezuela y en América Latina en tiempos de globalización. Algunos ejes problemáticos podrían guiar nuestras investigaciones en este campo: los obstáculos objetivos y subjetivos al desarrollo de la democracia; la reproducción de modelos opresores, que excluyen y niegan al Otro y reproducen esquemas excluyentes, racistas,

clasistas, sexistas, machistas presentes en los proyectos sociales “alternativos”; las consecuencias de la subordinación del movimiento popular a la estrategia de una vanguardia política o político-militar, (p.e: conflictos de poder; divergencias en las estrategias; corrupción y fragmentación interna; utilización instrumental, con el consecuente descenso de la lucha política o la capacidad movilizadora de las masas); la reconstrucción de la memoria histórica e identidades negadas, invisibilizadas o marginadas; las transiciones y crisis de los procesos políticos que se vienen sucediendo en América Latina y en Venezuela en particular; las posibilidades y límites de la psicología para abordar comprensiva y transdisciplinariamente, los procesos democratizadores en la región, así como los procesos de promoción y defensa de los derechos políticos, sociales, económicos y civiles de distintos sectores de la población, sin mistificar la participación social de las mayorías populares y sin excluir a los otros sectores sociales.

Desde una mirada psicopolítica, se trata también de acercarnos comprensivamente a las formas imaginarias que contribuyeron a fracturar los modos hegemónicos de representación. Una historia de autoreconocimiento, nos exige indagar entonces, como sugiere Scotto (2004): “¿Qué es lo que la cultura venezolana mantiene en sombra y en ausencia? ¿Cuales son los fantasmas, los traumas silenciosos, las personalidades subsumidas, las culturas sumergidas? ¿Cómo encontrar el hilo de una narración compartida? ¿Que es entonces lo insondado o lo indecible en nuestra experiencia colectiva y personal?”.

La convivencia democrática supone un juego de significaciones y la construcción de un orden simbólico que da sentido y dirección a la vida en común. Se trata pues, de asumir el desafío colectivo de construir las condiciones que permitan resignificar el imaginario democrático como proyecto inclusivo-participativo, sentido y compartido por distintos sectores sociales.

Los procesos y acontecimientos sociopolíticos son portadores de nuevas significaciones capaces de transformar, desencadenar y posibilitar una acción social emergente que como señala Castoriadis (2001:193), nos permita apostar a la capacidad transformadora del imaginario, al imaginario radical, como fuente de creación. Esta imaginación radical, esta capacidad de crear un flujo constante de representaciones, deseos y afectos, debería conducirnos a construir nuevos imaginarios sociales, imaginarios inclusivos que signifiquen y den sentido a las crecientes demandas de participación en democracia, de distintas formas de ciudadanía, en medio de la emergencia o reconocimiento de nuevos sujetos y movimientos sociales.

Es tarea nuestra aprovechar los desafíos de este tiempo histórico, para vincular historicidad y horizontes de futuro, desde la construcción y resignificación de imaginarios sociales. Es tiempo de asumir el desafío histórico de la política entendida como vivencia cotidiana, como

negociación de la diversidad, desde la insurgencia de distintas voces, expresión solidaria y respetuosa hacia el Otro, tiempos para recrear y significar el imaginario “nosotros”, con sentido y norte de futuro común.

En fin... es esa la ilusión que nos alienta...

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Arendt, H (2008) La promesa de la política. Barcelona: Paidós.

Brito García, L (1988). Máscara del Poder. Del gendarme necesario al demócrata necesario". Caracas, Venezuela. Colección Trópicos. Ediciones Alfadil.

Carrasquero, J. y Guardia , I. (1998) "Violencia Política y Participación No Convencional". En: *Cuestiones Políticas* N° 16. IEPDP – Facultad de Ciencias Políticas – Universidad del Zulia. Zulia, Venezuela. Pp. 69-86.

Castoriadis, C. (2001) Figuras de lo pensable: La encrucijada del laberinto VI, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Contreras, M (2004) Ciudadanía, Estado y democracia en la era neoliberal: dilemas y desafíos para la sociedad venezolana. En Daniel Mato (Coord), Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización. Caracas: UCV-FACES.

Coronil, A (2002) El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela. Caracas: CDCH, Nueva Sociedad.

Gomez, L (1992) Vénézuéla: crise de la légitimité démocratique. Problèmes d'Amérique Latine, 6, 3-42.

González Rey, F. (2000). *Investigación Cualitativa en Psicología. Rumbos y desafíos*. México: Thomson Editores.

González Rey, F. (2002). *Sujeto y subjetividad. Una aproximación histórico- cultural*. Madrid: Thomson Editores.

Guzmán, C (2004) El imaginario político y social del venezolano. Un acercamiento cualitativo, cuantitativo y diacrónico. Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo (PNUD), Caracas.

Hernández, T (2005) Venezuela 1989-2004: la polarización política como conflicto cultural. Una lectura sociológica de la Venezuela actual II, Caracas: Konrad Adenauer-Stiftung, Universidad católica Andrés Bello, 121-163.

Hernández, T (2004) La polarización desde la perspectiva de la cultura: imaginarios, valores y cultura política. Seminario "Valores y cultura política del venezolano: ¿Qué dicen los investigadores?", Caracas, 6-7 mayo.

Lander, E (2004) Las transformaciones en los fundamentos de la democracia y el nuevo campo de fuerza y poder. Seminario nacional: política social ¿un nuevo paradigma? . Caracas, 11, 12 y 13 de mayo de 2004. Fundación Escuela de Gerencia Social, FECS.

Lozada, M. (2008) Representaciones sociales, polarización y espacio público: aproximación psicopolítica al contexto venezolano. Revista CENDES. N° 69, septiembre – diciembre.

Lozada, M. (2004) "El otro es el enemigo": imaginarios sociales y polarización. Revista

venezolana de economía y ciencias sociales, 10, 2, 195-211.

Lozada, M (2001) Venezuela: psicopolítica de una ilusión. Revista Memorias, diciembre, México, 49-52.

Lozada, M.(1999b). "Ahora...Todos por Venezuela". Crónicas de acción colectiva. Revista AVEPSO 98/2. Vol. XXI, 93-107.

Lozada, M (1999a) La democracia sospechosa: construcción del colectivo en el espacio público. En: Montero, M; Sabucedo, JM; Sanders, B; y Ferreira, L (Coord). Psicología Política del Nuevo Siglo. Una ventana a la ciudadanía. México: SOMEPSO, SEP.

Lozada, M (1998) Ideología y militancia ¿fin del compromiso?. Revista Venezolana de Ciencia Política. 14, julio-diciembre, 59-74.

Lozada, M (1997) Democracia y representaciones. Revista Fermentum, Año 7, N° 20, 93-106.

Lozada, M (1996) Democracia neoliberal: crisis, fragmentación y caos. . En Lozada, M. (Coord) Democracia, espacio público y vida cotidiana. ¿La cuestión de lo político o la política en cuestión?. AVEPSO, 7, 40-49.

Lozada, M. (1993) Adhésion partisane et représentation des ideologies. Une approche au champ politique vénézuélien. Thèse de doctorat nouveau regime, Université de Toulouse-Le Mirail, France.

López, R (1996) Democracia, poder y participación en el espacio público, En Lozada, M. (Coord) Democracia, espacio público y vida cotidiana. ¿La cuestión de lo político o la política en cuestión?. AVEPSO, 7, 25-39.

Martín-Baró, I (1986) Hacia una psicología de la liberación. Boletín de Psicología. San Salvador, U.C.A, 219-232.

Montero, M (1995) Modos alternativos de acción política. En Adamo, O; García, V. & Montero, M (Comps) Psicología de la acción política. Paidós: Buenos Aires.

Montero, M (1996) Crise, politização e construção psicológica da democracia. Psicologia revista. São Paulo, (2) 83-97.

Moscovici, S. (1993) La démocratie et rien d'autre. Faut-il avoir peur de la démocratie? Le genre humain, París, Seuil, 26, 31-47.

Moscovici, S (1988) Notes towards a description of social representations. European Journal of Social Psychology, 18, 211-250.

Naím, M y Piñango, R (1995) El caso Venezuela: una ilusión de armonía. Caracas, Ediciones IESA.

Neira Fernández (1998) Eficiencia y legitimidad: los retos de nuestras democracias. Revista venezolana de ciencia política., 14, 55-89.

Ramos Jiménez, A (1998) Estabilidad y cambio en los sistemas latinoamericanos de partidos. Revista Venezolana de Ciencia Política, 13, 25-45.

Ramdjan, N (1996) El movimiento estudiantil universitario. El problema de la participación. . En Lozada, M. (Coord) Democracia, espacio público y vida cotidiana. ¿La cuestión de lo político o la política en cuestión?. AVEPSO, 7, 65-75.

Rodríguez M., I. (1996) “En defensa del orden”...Análisis psicosocial de propuestas autoritarias frente al problema de la delincuencia común en Venezuela. En Lozada, M. (Coord) Democracia, espacio público y vida cotidiana. La cuestión de lo político o la política en cuestión?. AVEPSO, 7, 51-65

Rodríguez M., I. (1994) El discurso de la democracia venezolana. Revista Interamericana de Psicología. 28, 2, 256-276.

Urreiztieta, MT (2009) La subjetividad como fenómeno socio-histórico. Revista Fermentum, Vol 19 No. 55.

Urreiztieta, MT. (2002). La comprensión por el contexto. Análisis de las realidades contextuales como procesos constitutivos de los fenómenos psicosociales. Trabajo de Ascenso a la categoría de Profesor Asociado. Departamento Ciencia y Tecnología del Comportamiento-CTC-Universidad Simón Bolívar, Caracas.

Sawaia, B. (1888) Afectividad y temporalidad en el cuerpo-teórico de la psicología social, Revista Avepso, XX,1, 14-19.

Scotto, I. (2004) Presentación, Revista venezolana de economía y ciencias sociales, 10, 2, 89.

Silva, C (1996) Corrupción y vida cotidiana: el postmoralismo en acción. . En Lozada, M. (Coord) Democracia, espacio público y vida cotidiana. ¿La cuestión de lo político o la política en cuestión?. AVEPSO, 7, 75-83.

Sucre , R. (1994) La democracia después del cinco de diciembre de 1993: un análisis de contenido. Comportamiento, 3, (2), 77-99.

Urreiztieta, MT (2009) La subjetividad como fenómeno socio-histórico. Revista Fermentum, Vol 19 No. 55 (aún sin páginas) julio, 2009

Voss, J.-P. (2004). Governance Innovation – Sustainability requirements, innovation dynamics and real world contexts. Paper presented at the international conference Innovation, Sustainability and Policy“, Kloster Seeon, 23-25.

Welsch, F (1992) Transformación de la Cultura Política”. En: Revista Nueva Sociedad N° 121. Caracas, Venezuela. Pp. 16-20.

Welsch, F (1993). Cultura Política y Resultados Electorales”. En: El proceso electoral de 1993. Análisis de sus resultados. Seminario Nacional. Serie Foro al Día N° 1. Caracas, Venezuela. Unidad de Publicaciones del CENDES-Universidad Central de Venezuela, octubre, 19-28.

Welsch, F. (1996) “*Cultura Política en Venezuela: Continuidad y Cambio 1973-1993*”. En Memoria Política N° 4. Venezuela. Pp. 76-94.

Wolf, F (1996) La sociedad transpolítica: del ágora l condominio. . En Lozada, M. (Coord)

Democracia, espacio público y vida cotidiana. ¿La cuestión de lo político o la política en cuestión?. AVEPSO, 7, 13-25.